

Henrike Knörr

Siento mucho no poder expresarme en euskara. Espero que querrán y sabrán disculparme.

Es un honor para mí poder intervenir, en nombre del Institut d'Estudis Catalans, la academia de la lengua catalana, en este acto en memoria del insigne profesor Henrike Knörr. Agradezco a Euskaltzaindia su invitación.

La distinción que supone poder decir unas palabras de homenaje a Henrike Knörr lleva implícita, sin embargo, una certeza: la imposibilidad por mi parte de estar a la altura que su personalidad exige. A pesar de todo, sé que desde donde esté no tendré ninguna recriminación suya; que su bondad y capacidad de comprensión generarán aquella sonrisa casi permanente que lo caracterizaba, como prueba de consentimiento.

Hay personas, cuya humanidad es tan peculiar, que uno no sabe exactamente qué es lo que merece ser especialmente destacado. Este es el caso de Henrike Knörr. Su modo de ser y de actuar era poliédrico, en el sentido de que entendía la realidad como un todo del que nada se podía separar sin provocar una desestructuración que la falseaba. Era enciclopedista, porque veía el mundo como un conjunto indivisible y concebía la ciencia igualmente como el saber que no puede trozarse por áreas que no tengan que ver las unas con las otras. Sus conocimientos profundos y variados no excluían ni compartimentaban ningún aspecto. Por ello era genialmente capaz de interrelacionar todos los ámbitos de la vida. Hasta tal punto, que quienes no sabían cuál era su especialidad como docente e investigador, dudaban: podía ser historiador, filólogo, lingüista, sociólogo, politólogo; hasta físico, matemático, biólogo... En definitiva, era un filósofo en el sentido más literal del término. No en vano esa fue su primera titulación en el currículum académico; posteriormente, penetró en la filología, con especial atención al euskara. Y fue un filólogo a la manera tradicional, de los que desgraciadamente ya quedan pocos: aquellos

que entienden el estudio de las lenguas como un reflejo de la idiosincrasia de los pueblos a los que pertenecen, sin la atomización que la lingüística moderna y contemporánea ha impuesto, con el resultado lamentable que el árbol no deja ver el bosque y, lo que es aún más preocupante, con una tendencia sumamente peligrosa a separar los idiomas como objetos de investigación, obviando su función primordial de cohesionar y diferenciar colectivos; olvidando que su finalidad es la intercomunicación de las personas y que sus especificidades se deben a la historia concreta y singular que cada uno ha vivido.

¡Qué bien sabía analizar el profesor Henrike Knörr las lenguas desde la perspectiva social, política, histórica, cultural en general; como las señales principales de la identidad de los pueblos! Al mismo tiempo, su preparación singular le permitía explicar las estructuras internas de los sistemas, especialmente, claro está, la del euskara.

Henrike Knörr ha sido para todos nosotros el sabio bondadoso; valga esa redundancia para subrayar que no es que en él además de la sabiduría se daba la virtud de la bondad, sino que fue un ejemplo claro de que no se puede poseer una sin la otra. Cuando de alguien decimos que es particularmente inteligente, pero que le falta humanidad, por motivos de engreimiento, de prepotencia, de distanciamiento social, etcétera, estamos incurriendo en una contradicción evidente: en realidad, no puede haber inteligencia donde no haya humanidad. Henrike Knörr era íntegro, en ese sentido, como lo fue en todas las facetas de su vida personal y profesional.

Permítanme algunas palabras sobre la procedencia de Henrike Knörr. Éramos conciudadanos: él, como yo, era de Tarragona, donde nació el 2 de marzo de 1947. Esta coincidencia nos unía especialmente. Hablábamos siempre en catalán y recordábamos a menudo la patria chica que compartíamos. Supo ser, al mismo tiempo, de donde procedía y de donde vivía; nunca abdicó ni su condición nativa de catalán ni su condición adoptiva de vasco. Su espíritu universal y su respeto ejemplar por la diversidad se lo ponían fácil. No siendo reduccionista y teniendo su capacidad de comprensión y de admiración por las culturas y las lenguas diferenciadas sin distinción, le era connatural ser fiel a sus orígenes y a su entorno vital más inmediato.

Venía a menudo a Cataluña. Conocía bien nuestra comunidad: las esperanzas, los temores, la lucha por la defensa identitaria. Y compartía nuestras preocupaciones. Sabía aconsejarnos, darnos ánimo, contribuir directamente en nuestra causa. Nuestra historia, nuestra lengua, nuestra cultura eran también las suyas. Era un catalán más y se sentía como tal.

Henrike Knörr fue siempre un hombre agradecido y profesó una devoción especial por su maestro Koldo Mitxelena, de quien fue ayudante en el Colegio Universitario de Álava y bajo la dirección del cual elaboró su tesis doctoral en filología vasca sobre el diccionario inédito de Maurice Harriet. En 1995 era catedrático en esa área del conocimiento. Jamás olvidó de quién era discípulo.

En su carrera profesional universitaria fue director del Departamento de Filología Vasca y secretario de la Facultad. Y vicerrector del campus de Álava. Como investigador destacado, Euskaltzaindia le nombró académico en 1975, primero correspondiente y, dos años después, numerario. De esta ilustre institución fue secretario académico, director de la Sección Tutelar, vicepresidente, delegado en Álava y responsable de la Sección de Investigación. Me consta su escrupuloso sentido de la responsabilidad con que ejercía estos cargos.

Coincidimos muy a menudo en sesiones de trabajo de índole muy diversa, casi siempre entorno a la cuestión de la convivencia de las lenguas oficiales del estado español. Y he sido testigo del enorme respeto que merecían su persona y sus ideas y aportaciones. Era afable, ponderado, condescendiente, abierto; escuchaba como pocos son capaces de hacerlo a fin de procurar comprender a los demás; le interesaban todas las opiniones. No obstante, sabía también ser contundente frente a actitudes hostiles a la racionalidad; defendía con convicción sincera la necesidad de preservar, promocionar las culturas y las lenguas; todas sin excepción. Apostaba siempre por sumar en la concordia; no por restar desde el menosprecio o la enemistad. Su credibilidad ayudaba enormemente a comprender sus tesis, incluso por parte de aquellos que eran más reacios a aceptarlas.

Recuerdo con agrado su costumbre de sacar la libretita de sus apuntes en medio de una conversación, da igual que fuese muy formal o muy distendida: cuando oía decir algo que le despertaba interés, lo anotaba con letra minúscula.

Fue un especialista de primera línea en el ámbito de la onomástica: un terreno esencial que nos permite conocer cómo se denominan las personas y los territorios: el paisaje y el paisanaje. Por ahí se empieza a saber; ¿cómo te llamas? y ¿de dónde eres? son dos preguntas esenciales para situar a los hombres (antroponimia) y la geografía que habitan (toponimia).

Su afán comunicativo, generoso; su gusto por la conversación, por la exposición, le impulsaron a un trabajo ingente de divulgación, a través de los

medios de comunicación. Ejerció desde ellos una labor pedagógica y didáctica modélica; los diarios y las revistas más importantes del País Vasco, de Cataluña y de España han recogido sus reflexiones, siempre provechosas. Desde ellos dio lecciones impagables de solidaridad, de libertad y de democracia. En este sentido fue presidente de honor de la revista *Landazuri*, que cofundó en 1993.

No es el momento, ni la oportunidad lo aconseja, de hacer una relación de su biografía ni de su bibliografía, puesto que el tiempo no lo permitiría y todos ustedes conocen bien una y otra.

Henrike Knörr fue un amigo, un colega, un profesional excelente. Su sonrisa, a flor de labios siempre. Su afecto lo hacía especialmente cercano. Su elegancia interna se reflejaba también hacia fuera. Refinado y exquisitamente cortés. Impecable en su modo de ser, como en sus razonamientos. Dispuesto al trabajo, a la colaboración. Hábil como nadie en encontrar y priorizar lo que nos une y en dejar atrás lo que nos separa, aunque muy consciente de las reticencias de aquellos que se obsesionan por un unitarismo empobrecedor y excluyente.

Cuando en la pantalla de mi ordenador aparecía un texto en latín, sabía que era Henrike Knörr quien me escribía. ¡Cómo echo a faltar sus comunicaciones en la lengua franca que él dominaba! La lengua franca perdida, con la que me anunciaba que en tal fecha aparecía un artículo suyo en tal o tal periódico o revista. En latín invitaba a su lectura.

Yo quería mucho a Henrike Knörr.

A Henrike Knörr, hoy, en ese acto de homenaje justo y debido, le dirijo, en latín también, mi postrero *Vale*.

Joan Martí i Castell
Institut d'Estudis Catalans
Sección Filológica
Universitat Rovira i Virgili de Tarragona